

dotado de muy poca desconfianza á Kreon y á su hija, pues los que han hecho aceptar fácilmente los regalos de la mágica; que deberían creer sospechosos.

Esta razón que, en efecto, nos recuerda el *Tímeo Danaos et donna ferentes* de Virgilio, que Corneille pone en la boca de Pollux, es una razón que hace fuerza, pero para contestarla, además de que los poetas griego y romano tenían la tradición que unánimemente así lo refería, hay que considerar que Médêa hacía el regalo para agradecer en su abatimiento al que se le concediera un día más de permanencia en Corinto, y sobre todo el que sus hijos fuesen adoptados por Kreusa y su padre.

Por último, Corneille reprende á Eurípides el que haga á Egeo pasar por Corinto y hablar con Médêa sin tener una entrevista con el rey de esa ciudad, y por eso dice que él ha creído mejor convertir al anciano rey de Atenas en galán y esposo prometido de Kreusa. Fuera de que la censura nos parece banal, y de que los antiguos más competentes para salvarla, puesto que conocían mejor las conveniencias de su tiempo, no la hicieron, nos será todavía permitido decir que Corneille, queriendo corregir al poeta griego, ha hecho de Egeo un personaje grotesco y mal colocado en la grave y triste es-

cena de la tragedia. ¡Un viejo enamorado! Eso estaba bueno para Terencio, para Plauto y para Molière, pero no para Eurípides, para Séneca y para Corneille.

Este mismo lo ha recibido así, poniendo en los labios del decrépito enamorado, al recibir un desengaño ridículo de la joven, estos versos:

..... Allez, allez, madame,
Etaler vos appas et vanter vos mépris
A l' infâme sorcier qui charme vos esprits.
De cette indignité faites un mauvais conte
Riez de mon ardeur, riez de votre honte;
Favorisez celui de tous vos courtisans
Qui raillera le mieux le déclin de mes ans;

Y después, cuando Egeo está en la prisión:

"Un vieillard amoureux mérite plus de blâmé
Qu'un monarque en prison n'est digne de pitié."

Y por último, si el poeta latino en su tragedia había violado descaradamente el conocido precepto de Horacio:

"Nec pueros coram populo Médêa trucidet,"
haciendo que Médêa mate á sus hijos en la escena y aun se envanezca de ello delante del pueblo, Corneille no ha dejado de infringir á su vez de la unidad trágica, presentando á la vista del público el horrible espectáculo de la gritería, y la muerte de Kreon y de Kreusa, inútil-

mente, porque el interés está concentrado exclusivamente en Médæa. El mismo poeta lo confiesa así, y basta.

De manera que no estamos muy descaminados, al creer que ha quedado inferior en su obra al poeta griego.

Veamos ahora si nuestro contemporáneo Legouvé ha sido más feliz en su imitación.

En su conferencia literaria publicada ya por el *Federalista*, y que no es ciertamente un estudio literario acerca de su pieza, sino una conversación anecdótica, dice que también para corregir á Eurípides ha introducido la extraña innovación que consiste en no presentar á Médæa como residente en Corintho, sino llegando fugitiva á la plaza pública de esa ciudad, á tiempo que Jasón iba á casarse con Kreusa. Esto le parece muy conmovedor; la vista de una madre infortunada, fugitiva con sus dos hijos, en el desamparo, odiada, echada de todas partes, ansiando por reunirse con el esposo á quien busca con el afán de la pasión no extinguida y como el único apoyo de sus desgracias, es en efecto una interesante preparación, y cuando el contraste se hace terrible por el encuentro de Kreusa, feliz desposada á quien todo sonrío en derredor, la emoción tiene que subir de punto.

Convenimos en ello, y nos parece feliz esta

novedad dada á la exposición contra las tradiciones de la Médæa trágica antigua. Feliz por el contraste de que acabamos de hablar, agradable por el aparato escénico que inicia el público moderno en los actos públicos de la vida griega, y poético también, por los bellos himnos dirigidos á la desposada, y sobre todo por la aparición de la figura simpática y venerable de Orpheo en cuya boca pone hermosos versos que parecen impregnados del aroma divino de la poesía antigua.

Pero, adoradores del arte griego puro, no podemos convencernos de que esta innovación sea superior en lo patético, en lo natural, en lo humano; á la exposición de Eurípides.

El trágico griego no apela á ningún artificio, no llama en su ayuda la decoración escénica, no necesita de recrudecer las penas de Médæa con sufrimientos físicos, con las fatigas de un viaje doloroso, con los horrores de la miseria; no se ayuda con el desfallecimiento de los niños, ni se echa mano de los contrastes; á él le basta la pasión íntima, le bastan el amor, los celos, la desesperación; con eso habla al alma, con eso conmueve á su auditorio.

Unas cuantas palabras de la nodriza refiriendo las penas de la desdichada esposa, hé ahí lo que en nuestro concepto queda superior á todo

artificio. Después de lamentar el que Mèdèa hubiera abandonado á su patria por seguir á Jasón y de elogiar la ternura de aquella para con su esposo, dice:

"Tal es la condición primera de una dichosa unión, que una mujer viva en buena armonía con su esposo. Pero hoy, el odio reina, la ternura está expirante. Traicionando á sus hijos y á mi señora, Jasón toma lugar en un lecho real; se casa con la hija de Krèon que reina en este país. La desgraciada Mèdèa herida con este ultraje, le recuerda á grandes gritos sus juramentos; invoca la mano que le ha dado como prenda de su fe, y toma á los dioses por testigos del pago que Jasón da á su amor. Sin fuerzas, ella rehusa tomar alimento, agobiada por el dolor, y no cesa de consumirse en las lágrimas desde que conoce la traición de su esposo: sin levantar los ojos, sin levantar su rostro de la tierra, permanece sorda como una roca ó como una ola, insensible á los consuelos de sus amigos; ó algunas veces ocultando su bello semblante, llora por su padre querido, por su patria, por la mansión que abandonó por seguir á su esposo que ahora la desprecia. La desgraciada sabe hoy por experiencia cuán precioso es no haber perdido la patria. Aborrece á sus hijos, y la vista de éstos no regocija ya su corazón."

Estas palabras que describen las penas de Mèdèa, á pesar de su sencillez, y seguramente á causa de ella, comprimen espantosamente el corazón. Hay en ellas un realismo tan doloroso, una filosofía tan amarga, una tristeza nostálgica tan lúgubre, tan desesperada, que se siente uno abatido.

Aquella mujer que ama y á quien no aman ya, sentada, inmóvil, yerta, sombría, derramando lágrimas silenciosas, pensando siempre en el esposo que la abandona por otra, acordándose de su patria y de su padre, y aborreciendo hasta á sus hijos, es una imagen que hace sufrir, que hace llorar, que basta por sí sola para conmover al mundo.

Por lo demás, Legouvé, si ha substituído con éxito el coro de Eurípides con la presencia de Orpheo, que es el protector, el apoyo, el amigo de la esposa infortunada, en el resto de su tragedia ha manifestado un gran talento dramático conduciendo bien la acción, trazando enérgicamente el carácter de Jasón, haciendo simpática á Kreusa sin disminuir el interés en favor de Mèdèa, y sobre todo, en el carácter de ésta se ha mostrado á la altura de los griegos. La descripción que hace ella de la llegada de Jasón á Kólchide y de la manera con que se enamoró de él, es magnífica; la de los celos es soberbia,

la preparación de la catástrofe sería enteramente acertada si Legouvé no hubiera incurrido en un error, en una inverosimilitud monstruosa queriendo también corregir á Eurípides. Esta manera de corregir á los griegos, que ya lamentaba Diderot y de que se burla á cada paso Lessing en el más grande monumento que se haya levantado á la crítica dramática, ¹ ha extrañado con frecuencia á los poetas franceses. No es fácil mejorar á los griegos, así como no es fácil mejorar á Shakespeare, particularmente en lo que toca á las manifestaciones del sentimiento. No hay que tocarlos, porque han sido los grandes fisiólogos del corazón humano, conocían profundamente el carácter de las pasiones, se inspiraban en la naturaleza, y nuestros filósofos del día y nuestros poetas moralistas tendrán que reconocer siempre la inmensa superioridad de observación de aquellos hombres.

Dice Legouvé que no comprende cómo Eurípides hace que Mèdèa mate á sus hijos, amándolos, y tan sólo por vengarse de Jasón. Cree hallar en esto un gran defecto; para probarlo, apela á la criminalidad moderna y vulgar, habla de Otelo, y razona tanto, que acaba por no convencer.

¹ La Dramaturgia de Hamburgo.

Y por supuesto él pretende mejorar al poeta, conformarse mejor con la naturaleza, y al efecto hace que los hijos aborrezcan un poco á la madre, que ésta se encele también del cariño que súbitamente inspira Kreusa á los niños, y por último, que el sacrificio de ellos sea una exigencia de un culto bárbaro, de manera que, según dice, *aproximando el crimen de Mèdèa al culto en que ha vivido, le dió por cómplices á sus mismos dioses.*

¡Tantos motivos para sustituir al verdadero, al natural, al único que el poeta griego dió para el infanticidio!

Aquí conviene notar que este crimen es precisamente el inventado por Eurípides para justificar á los Corinthios, según lo decían sus acusadores. Pero si el poeta, vendido ó no á los verdaderos culpables, se apartó de la tradición, no se apartó de la naturaleza.

Mèdèa, celosa y matando á sus hijos para vengarse del marido que tanto le había hecho sufrir, es monstruosa ciertamente, pero no es imposible. Los celos son una locura, y esta pasión, llevada hasta el extremo, domina las demás. En un temperamento soberbio y vengativo como el de Mèdèa, el deseo de venganza que ella produce no tiene límites, y va hasta herirse el ofendido á sí mismo con tal de herir al

ofensor. Justamente Otelo es una prueba de ello.

Por otra parte, Eurípides no ponía en escena un carácter vulgar, sino un carácter extraordinario; no dice lo que harían todas las mujeres celosas que tienen hijos, sino lo que hizo Mèdèa, porque tal es la condición de la tragedia, y se manifiesta conocedor del corazón humano, por más que el efecto que presta á la pasión de su heroína no sea común.

Leyendo la obra del trágico griego, se comprende bien la preparación de esta catástrofe, la irritación suprema causada por la desesperación, una especie de salvaje y sombría insensatez que se apodera de Mèdèa en el momento de herir á sus hijos, algo como una cólera epiléptica, como la resolución del suicida. "¡Vamos, dice; vamos, corazón mío, ármate de valor! ¿Por qué tardamos en ejecutar este acto horrible pero necesario? ¡Y tú, mi mano, toma el puñal, tómalo; vé, Mèdèa, lánzate hacia el triste límite de la vida; nada de cobardía: olvida á tus hijos, olvida que los has dado á luz! Por ese sólo día, al menos, olvida á tus hijos, y después abandónate á la desesperación; porque aun cuando los inmolo, los amo y soy la más desgraciada de las mujeres."

Francamente, esto nos parece mas sencillo,

más trágico, más conmovedor que aquel monólogo lleno de volubilidad que Legouvé pone en boca de Mèdèa, en la escena VI del acto 3º; que aquella vacilación, y sobre todo, que aquella invocación á Saturno, ofreciéndole sacrificarle á sus hijos. Esta mezcla de cruel religiosidad, debilita mucho el sentimiento trágico, destruyendo, en aquel instante solemne, la unidad de interés que debe concentrarse solamente en la pasión.

Verdad es que luego sigue una escena patética, que el amor maternal estalla en acentos sublimes; pero si hemos de decir verdad el mérito de ella, así como el de las escenas finales, debe pertenecer por completo á la ejecución.

Por lo demás, encontramos entre la Mèdèa de Eurípides y la de Legouvé, las diferencias esenciales que marcan la distancia que hay entre el carácter del teatro antiguo y el carácter del teatro moderno.

La Mèdèa del primero, meditabunda, sombría, tranquila y que no estalla terrible sino en el momento de la catástrofe, nos hace el efecto del mar en calma, pero en una calma amenazadora, rugiendo sordamente, bajo un cielo que va cubriéndose de nubes negras, y que derrepente se desata feroz, agitado por la tormenta.

La Mèdèa del segundo, llena de movimiento,

agitada por incesantes y diversas emociones, pasando de sus trasportes de furor á hondos desfallecimientos, inquieta siempre, recelosa, unas veces tierna hasta las lágrimas, otras áspera y dura hasta la barbarie, nos parece un huracán desencadenado desde los primeros momentos, y que no desaparece sino cuando ha llenado todo de escombros, desolación y espanto.

III

FILOSOFIA DE LA EJECUCION.

La Sra. Ristori nos ha dicho hace algunos días, que ella siempre escoge para presentarse ante un público nuevo la tragedia de *Médæa*, no porque crea que su trabajo artístico sea mejor en esa pieza que en otras, sino porque prefiere el carácter griego para darse á conocer. La grande artista muestra en esto, como en todo, su privilegiada inteligencia.

En efecto, para hacer honor al altísimo rango en que su genio la ha colocado en el mundo de la fama, nada más digno que el tipo griego, que la tragedia antigua, que las creaciones de los príncipes de la poesía dramática. No solamente

le conviene la majestad de la reina, sino el apostolado de la belleza suprema, del arte sublime.

Ella debe surgir, no sólo como la primera artista de nuestro tiempo, sino como la resurrección de los bellos tiempos de la Grecia, con la gravedad imponente del coturno antiguo, para producir, no sólo la admiración, sino el recogimiento religioso de los que profesamos el culto poético del ideal artístico. Por esa misma razón no quisimos nosotros conocerla, antes de contemplarla en la escena. No fuimos á recibirla en la estación del camino de Veracruz, á la que llegó en las primeras horas de la mañana, tiempo en que se encontró, sin embargo, á un grupo de admiradores que la esperaban; no quisimos acompañar á los que ofrecieron una serenata al día siguiente, ni quisimos ser presentados á ella.

Teníamos una ilusión que no queríamos romper; queríamos que nos trasportara á aquellos hermosos días de la civilización helénica en que la poesía y el arte eran una religión, en que las representaciones trágicas eran una manifestación del culto; queríamos nosotros que no habíamos vivido en las épocas pasadas más que con la imaginación, vivir con la vida real; nosotros que no conocíamos á los personajes trágicos